 Tiempo de lectura: 7 min.

(continuación del artículo anterior)

El Salesiano

Está cerca de los enfermos, de los niños. El Oratorio, que los salesianos habían fundado al principio de la casa, terminó con su partida en 1903. Pero la parroquia de Sant Vicenç recogió la antorcha a través de un joven, Joan Juncadella, catequista nato, y el *Sordo*, su gran ayudante. Entre ellos nació una amistad muy fuerte y una colaboración permanente, que sólo terminó con la tragedia de 1936. Alexandre se ocupaba de la limpieza y el orden del lugar, pero pronto se reveló como un verdadero animador de los juegos y excursiones que se organizaban. Y si era necesario, no dudaba en poner a disposición el dinero que ahorraba.

Llevaba el corazón salesiano dentro. La sordera no le permitió profesar como salesiano, cosa que sin duda deseaba. Sin embargo, parece que emitió votos privados, que hizo con el permiso del entonces inspector, el P. Filippo Rinaldi, según el testimonio de uno de los directores de la casa, el P. Crescenzi.

Demostró su identificación con la causa salesiana de mil maneras, pero de forma particularmente significativa ocupándose personalmente de la casa durante casi 30 años y defendiéndola en la difícil situación del verano y otoño de 1936.

“Parecía el padre de cada uno de nosotros. Cuando, en 1935, tres niños se ahogaron en el río, “el dolor de aquel hombre fue como el de perder tres hijos a la vez”. Sabemos que los salesianos no le consideraban un empleado, sino uno más de la familia, o un cooperador. Hoy quizá podríamos decir un laico consagrado al estilo de los Voluntarios con Don Bosco. “Un salesiano de gran talla espiritual”.

Abrazado a la Cruz, verdadero testigo de fe y reconciliación

En el otoño de 1931, los salesianos regresaron a Sant Vicenç dels Horts. Los disturbios que condujeron a la caída de la monarquía española afectaron a la casa de El Campello (Alicante), donde se encontraba entonces el Aspirantado. Por ello, se tomó la decisión de trasladarlo a Sant Vicenç. La casa, aunque relativamente ruinosa, estaba lista. Y pudo ampliarse con la compra de una torre adyacente. Aquí transcurrió la vida de los aspirantes, cuyo testimonio sobre el *Sordo* ha permitido trazar el retrato del hombre, del artista, del creyente y del salesiano al que nos hemos referido.



Cristo clavado en la cruz, en el patio de la casa, por Alexandre



La Deposición en manos de María, en el patio de la casa, por Alexandre


El Santo Sepulcro, en el patio de la casa, por Alexandre

No es el momento de referirnos a la crítica situación de los años 1931-1936 en España. A pesar de todo, la vida en el Aspirantado de Sant Vicenç transcurrió con toda normalidad. El motor de la vida cotidiana era la conciencia vocacional de los jóvenes, que siempre les empujaba a mirar hacia adelante con la esperanza de vincularse definitivamente a Don Bosco en una fecha no muy lejana.

Hasta que llegó la revolución, el 18 de julio de 1936. Ese mismo día salesianos y jóvenes hicieron su excursión de peregrinación al Tibidabo. Cuando regresaron por la tarde, las cosas estaban cambiando. En pocos días, la casa parroquial del pueblo fue incendiada, el seminario salesiano fue incautado, un clima de intolerancia religiosa se había extendido por todas partes, el párroco y el vicario fueron detenidos y asesinados, las fuerzas del orden no pudieron o no supieron hacer frente a los disturbios. En Sant Vicenç tomó el poder el “Comité Antifascista”, claramente anticristiano.

Aunque al principio se respetó la vida de los educadores por la atención a los niños que albergaba la casa, sin embargo, tuvieron que asistir a la destrucción y quema de todos los objetos religiosos, en particular los tres monumentos erigidos por el Sordo. “*Cómo sufrió*” viéndose obligado a colaborar en la destrucción de lo que era expresión de su profunda espiritualidad y presenciando la expulsión de los sacerdotes.

En aquellos días, el *Sordo* tomó clara conciencia del nuevo papel que la

revolución le obligaba a asumir: sin dejar de ser el principal enlace de la comunidad con el exterior (siempre se había movido libremente como mandadero y en todo tipo de necesidades), tenía que custodiar la propiedad como antes y, sobre todo, proteger a los seminaristas. "*En realidad, era él quien representaba a los salesianos y actuaba como nuestro padre*". En pocos días, de hecho, sólo quedaban los coadjutores y un grupo cada vez más reducido de aspirantes.

La expulsión definitiva de ambos se produjo el 12 de noviembre. En Sant Vicenç sólo quedó el señor Alexandre. De sus últimos días de vida sólo tenemos tres hechos ciertos: dos de los coadjutores expulsados volvieron al pueblo el día 16 para convencerle de que buscara un lugar más seguro fuera del pueblo, a lo que Alexandre se negó. No podía abandonar la casa que había custodiado durante tantos años, ni podía mantener el espíritu salesiano incluso en medio de aquellas difíciles circunstancias. Uno de ellos, Eliseo García, no queriendo dejarle solo, se quedó con él. Ambos fueron detenidos la noche del 18 al 19. Pocos días después, al ver que Eliseo no había regresado a Sarriá, otro salesiano coadjutor y un seminarista fueron a Sant Vicenç para tener noticias de ellos. "*¿No saben lo que ha pasado*?", les dijo una amiga que conocían y que regentaba un bar. "*Nos contó en pocas palabras la desaparición de Sordo y Eliseo*".

¿Cómo pasó esta última semana? Conociendo como se conoce la trayectoria vital del Sordo, siempre fiel a sus principios y a su forma de hacer las cosas, no es difícil imaginárselo: ayudando a los demás, sin ocultar su fe y su caridad, con la certeza de que hacía el bien, contemplando el misterio de la pasión y muerte de Cristo, real y presente en la vida de los perseguidos, desaparecidos y asesinados… Tal vez con la esperanza de poder ser el guardián no sólo de los bienes de los salesianos, sino de tantas personas que sufrían. Del crucifijo, como hemos recordado, no quiso despojarse ni siquiera durante los meses de persecución religiosa que culminaron en su martirio. Con esta fe, con esta esperanza, con este inmenso amor oiría del Señor de la gloria: "*Muy bien, siervo bueno y fiel. Has sido fiel en lo poco; te confiaré mucho más. Entra en el gozo de tu Señor*". (Mt 25,21)

El Evangelio del Sordo

Llegados a este punto, cualquier espíritu, por insensible que sea, sólo puede callar y tratar de recoger, en la medida de sus posibilidades, el precioso legado espiritual que Alexandre dejó a la Familia Salesiana, su familia adoptiva. ¿Podemos decir algo sobre "su evangelio", es decir, sobre la Buena Noticia que Él hizo suya y nos sigue proponiendo con su vida y su muerte?

Alexandre es como el "*sordo que apenas puede hablar*" de Mc 7,32. La súplica de sus padres a Jesús para que lo curara habría sido continua. Como a él,

Jesús lo llevó a un lugar solitario, lejos de los suyos, y le dijo: "*¡Effata!*". El milagro no consistió en la curación del oído físico, sino del oído espiritual. Me parece que la aceptación de su situación con espíritu de fe fue una de las experiencias fundantes de su vida creyente que le llevó a proclamar, como el sordo del Evangelio, a los cuatro vientos: "*Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos*" (Mc 7,37).

Y desde aquí podemos contemplar en la vida del Sordo "*el tesoro escondido del Reino*" (Mt 13,44); "*la levadura que hace fermentar toda la masa*" (Mt 13,33); al mismo Jesús "*que acoge a los enfermos*" y "*bendice a los niños*"; a Jesús que reza al Padre horas y horas y nos enseña el Padrenuestro (dar gloria al Padre, desear el Reino, hacer su voluntad, confiar en el pan de cada día, perdonar, liberar del mal. ...) (Mt 7,9-13); "*el administrador de la casa que saca de su bolsa cosas nuevas y cosas viejas como mejor le parece*" (Mt 13,52); "*el Buen Samaritano que se apiada del hombre apaleado, se acerca a él, venda sus heridas y se encarga de su curación*" (Lc 10,33-35); "*el Buen Pastor, guardián del redil, que entra por la puerta, ama a las ovejas, hasta dar la vida por ellas*" (Jn 10,7-11)... En una palabra, *un icono vivo de las Bienaventuranzas, de todas ellas, en la vida cotidiana* (Mt 5,3-12).

Pero, aún más, podemos acercarnos a Alexandre y contemplar con él el Misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Un misterio que se desarrolla en su vida desde el nacimiento hasta la muerte. Un misterio que le fortalece en la fe, alimenta su esperanza y le llena de amor, con el que dar gloria a Dios, hecho todo a todos, con los niños y jóvenes de la casa salesiana, y con los aldeanos de Sant Vicenç, especialmente los más pobres, incluidos los que le quitaron la vida: "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*" (Lc 23,34). Haz de mí, Señor, un testigo de fe y de reconciliación. Puedan también ellos, un día, oír de tus labios: "*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*" (Lc 23,43).

Beato Alexandre Planas Saurí, laico, mártir salesiano, testigo de la fe y de la reconciliación, semilla fecunda de la civilización del Amor para el mundo de hoy, intercede por nosotros.

P. Joan Lluís Playà, sdb